

TOP



# **1ª LABORATORIO LITERARIO ALCIFF (LLA!)**

## **TEMA: UTOPIA**

Mayo de 2023, Santiago, Chile

© Adriana Letechipía, 2023.

© César Mateu, 2023.

© E. Daniel Ch. Lobos, 2023.

© Fran Ríos, 2023.

© Sebastián Gormaz, 2023.

© Waiwenad, 2023.

© W. A. Flores, 2023.

© Zezé Atabales, 2023

### **EQUIPO FANZÍN:**

Edición:

Leonardo Espinoza Benavides

Arturo Sierra

Daniel Maturana

Maquetación y diseño portada: Donald McLeod

Ilustraciones interiores: OpenArt

### **CONTACTO:**

[www.alciff.cl](http://www.alciff.cl)

[facebook.com/ALCiFF](https://facebook.com/ALCiFF)

[twitter.com/alciff](https://twitter.com/alciff)

[alciffchile@gmail.com](mailto:alciffchile@gmail.com)

[escuelaalciff@gmail.com](mailto:escuelaalciff@gmail.com)

Puedes ver todas las sesiones en nuestro canal de youtube aquí:



La **utopía** es la representación de una sociedad ideal y perfecta, donde reina la armonía, justicia e igualdad. Proviene del griego “ou” (no) y “topos” (lugar), y ha inspirado a pensadores y escritores en sus visiones de un mundo mejor, abarcando aspectos políticos, económicos, sociales y culturales.

# EDITORIAL

En un presente caótico e incierto, es fácil perder la visión de un futuro mejor. Sin embargo, la ciencia ficción y la fantasía han sido siempre lugares donde podemos explorar lo que podría ser, en lugar de lo que es. En este contexto, ALCIFF, la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena, creó un laboratorio literario (LLA!) donde exploramos los límites de la Utopía. Este laboratorio fue una invitación a escritores de toda Latinoamérica para imaginar y construir mundos ideales.

Cada una de las 12 sesiones fue impartida por un artista o académico diferente, explorando formas diversas de entender la utopía. Los participantes tuvieron la oportunidad de expandir su comprensión y percepción de lo que podría ser una utopía, y de aplicar esta perspectiva a su propia escritura.

Entre los 15 escritores que participaron, se encontraban Adriana Letechipía, César Mateu, E. Daniel Ch. Lobos, Fran Ríos, Sebastián Gormaz, Waiwenad, W. A. Flores y Zezé Atabales. Cada uno de ellos exploró los límites de lo posible, utilizando la imaginación para concebir un futuro donde la humanidad alcanza su máximo potencial (o no). Desde el primer día, se sumergieron en un mundo de posibilidades, creando personajes,



tramas y ambientes que rompieron los límites de sus zonas de confort creando obras excepcionales que veremos en el fanzín.

El laboratorio fue mediado por un equipo que incluyó al editor Donald McLeod; el escritor Leonardo Espinoza Benavides; la académica Javiera Hojman; el periodista y experto en manga Gonzalo Espinoza; el escritor y filósofo Cristian Cristino; la académica M. M. Lou; el escritor Daniel Maturana; la música Trinidad Montalva; la académica Claire Mercier; y el ilustrador Topopanda. Cada uno de ellos aportó su experiencia y conocimiento en el campo de la literatura y las artes, guiando a los escritores participantes en esta exploración.

Esperamos que las obras creadas en este laboratorio inspiren a otros a imaginar un futuro mejor.

# 10

## **COSA DE ADULTOS** **ADRIANA LETECHIPÍA**

Adriana Letechipía Salcedo nació en la Ciudad de México en 1984. Es Maestra en Ciencias del Instituto Politécnico Nacional. Ha participado en la producción de simposios, programas de investigación y en la divulgación de la ciencia. Es la presidenta de La Tertulia de Ciencia Ficción de la Ciudad de México, con quien promueve reuniones, cursos, charlas, podcast y la escritura del género a través del taller permanente y gratuito Gran Colisionador de Textos Especulativos. Ha sido publicada en antologías y en las revistas digitales Espejo Humeante, Anapoyesis, El Nahual Errante y Cósmica Fanzine.

# 16

## **LA RESTAURACIÓN** **CÉSAR MATEU**

César Mateu (Lima, 1995) es abogado por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, egresado de la Maestría en Derecho de la Empresa. Se especializa en temas de Derecho y Economía. Es amante de la literatura y cine de terror, ciencia ficción y fantasía, así como del Heavy Metal. Seguidor de la obra de Lovecraft, Clive Barker y Julio Ramón Ribeyro, recientemente ha incursionado en el relato corto mezclando sus aficiones con elementos de la cultura peruana y latinoamericana.

# 22

## **AD-LABORUM** **E. DANIEL CH. LOBOS**

Enzo Chazarreta (Viña del Mar, 1994) es egresado de Derecho de la Universidad Santo Tomas y desde su infancia se ha visto expuesto a millares de historias contenidas en libros, cuentos, videojuegos y por sobre todo películas, siendo Jurassic Park su película/libro de cabecera. Al llegar a la adultez, estudió Leyes, un ambiente donde la creatividad se ve de cierta manera coartada por el mar de normas a las que estamos expuestos día a día, en virtud de aquello decide simplemente escribir y se aventura en este laboratorio de ALCIFF, siendo la presente antología uno de sus primeros acercamientos a la escritura de ciencia ficción.

# 30

## **NUESTRAS CUERPAS DE LANA SINTÉTICA** **AVANZAN MIENTRAS NUESTROS OJOS** **INQUIETOS NO** **FRAN RÍOS**

Santiago, 1989. Estudió Psicología y recientemente terminó un Master en Estudios Culturales, en la Universidad Complutense de Madrid. Se ha dedicado en últimos años a cruces entre filosofía de la técnica, política y ecología. Ha formado parte en los libros colectivos promovidos por la Fundación Plagio, Pablo Neruda y otros. Hace poco colaboró en la primera residencia artística de Medialab en Matadero, Madrid, para la producción de nuevas narrativas postnaturales y tecnologías sensoriales que visibilicen otras ontologías.

# 36

## DEEP DEATH SEBASTIÁN GORMAZ

Sebastián Gormaz (Santiago, 1994) es artista visual y licenciado en Arte de la Universidad Arcis (última generación, 2020). Se desempeña en las áreas de la ilustración y la narrativa gráfica dentro de la escena chilena. Como autor integral de historietas, trabaja desde la ciencia ficción y el imaginario popular.

# 44

## LUCIÉRNAGA ROSADA WAIWENAD

Sebastián Montoya (Wallmapu, 1986) es educador literario, juglar de cuentos fantásticos crecido en Chilwe. Se aventuró a la capital de cemento a estudiar Literatura en la Universidad de Chile. Al licenciarse ingresó al bosque Sherwood (USACH) donde conoció a sus criaturas, y juntos crearon la revista literaria Santa Sherwood. Regresó a Chilwe y creó el taller literario Contramoldes para niñas, niños y adolescentes que publicaron las revistas Contramoldes, Espejos y Musas, e Hilvana. Durante la pandemia co-gestionó Masas y Cuentos que repartió relatos infanto-juveniles auténticos para la salud emocional de la población. Actualmente dirige los talleres literarios La Palabra Fantástica.

# 48

## **TIEMPO CAUTIVO** **W. A FLORES**

W. A. Flores (1961, San José, Costa Rica) es diseñador gráfico. Estudió Filología y Artes Gráficas. Fue miembro del Café Cultural dirigido por Francisco Zúñiga Díaz. Dirige el Taller Experimental de Narrativa Fantástica y publicó en ciencia ficción: “Ajeno a la Tierra”. “Megazoo”, su nuevo libro en dicho género, está en proceso de edición. Otros títulos: “La Saga de los bribris” (Fantasía épica), “Circe ascendente” (Novela fantástica) y “Dinosaurios en la noche” (Premio Joven Creación por la Editorial Costa Rica 1989).

# 54

## **LA ESTRELLA QUE MÁS BRILLA** **ZEZÉ ATABALES**

Zeze Atabales, escritora y geógrafa chilena. Amante del mar, la buena mesa y los espacios solitarios. Escribe ficción especulativa centrandó sus intereses en feminismos, flora y fauna, antiespecismo, la maternidad y el mar.



# COSAS DE ADULTOS

ADRIANA LETECHIPÍA

La abuela murió. Todos los días, de camino a la escuela, mamá y yo pasábamos frente a su ventana para que yo pudiera decirle que la quería. La abuela se encontraba sentada en un sillón, bajo la luz roja de un foco; respondía haciendo sonar una campana. Escuchábamos el talan-talan y entonces me sentía lista para reanudar el camino. Ese día no respondió, la ventana estaba a oscuras. Nos tomó un par de segundos decidimos a seguir. Mamá me lo dijo por la tarde, después de llegar a casa.

—Tengo una mala noticia. —Mamá no despegaba la vista del suelo—. Tu abuela murió

Yo era muy pequeña, aún no comprendía a qué se refería con eso.

—Ya no podremos visitarla, ni cantar ni bailar con ella.

—¿Por qué murió?

—Hija, esas son cosas de adultos. —Mamá se alejó para preparar el funeral.

Esa noche oramos tomadas de las manos. Algunas portaban velas encendidas y entonaban canciones que parecían lamentos. Mamá lloraba cubierta por una tela negra. Al centro, en una caja de madera, se encontraba el cuerpo de la abuela.

Cuando terminamos, mamá preparó café y toda la casa olió a canela y naranja; le ayudé a repartir pan. Cada una de las tías tomó una taza y



comieron mientras platicaban entre murmullos. A las niñas nos sirvieron leche caliente con té de limón. Nos dieron permiso para desvelarnos y salimos al jardín a platicar.

—¿Ya vieron a la abuela? —dijo Amanda, mi prima mayor.

—No, me da miedo —contestó la menor.

—Las reto a que la vean.

Fui con mamá y le pregunté si podía mirarla.

—Sí mi amor, le va a dar gusto —respondió mientras secaba sus ojos.

Me hice la valiente y me acerqué a su ataúd. Un vidrio la cubría, estaba recostada. Sus labios eran de color morado. Podía ver cómo su pecho se elevaba y bajaba. Respiraba.

—Mamá, ¿está dormida?

—No, ya murió —afirmó, con una voz fría. Yo seguía los movimientos suaves de la abuela.

—Está respirando.

—Andrea, tu abuela ya murió, ya no puede respirar —comentó mamá mientras recogía algunas tazas.

—Pero la estoy viendo.

—¡Andrea! —me abofeteó—. Vete a acostar, estas son cosas de adultos.

Mamá se enojó, le hice caso antes de que me diera también con la vara. Me quité los zapatos y me recosté en uno de los sillones de la sala, arrullada por el murmullo de las mujeres.



A la tarde siguiente metieron el ataúd en una carroza fúnebre. Mientras cerraban las puertas pensaba en lo que había visto la noche anterior. La familia la siguió detrás en sus propios autos; la marcha fue lenta. Al anochecer llegamos al cementerio, me parecía un gran parque donde no había juegos. Varios altares y ofrendas se levantaban alrededor.

Sacaron la caja de la abuela y la metieron al hoyo que habían cavado. Cuando vi que le echaron tierra encima me remordió la conciencia. Grité todo lo que pude:

—¡No la entierren, no va a poder salir!

—¡Ya estuvo bueno, Andrea! Despídete y cállate —ordenó mamá—. ¿Qué no ves que estas son cosas de adultos? ¡Deja de llorar como una bebé!

Me abracé y acepté que la abuela no podría salir. Ya nunca más la vería.

Terminando, las tías se tomaron de las manos y a la luz de la luna entonaron las últimas canciones. Colocaron ofrendas de fruta a la Madre Tierra, echaron flores sobre la tumba y nos despedimos.



Una semana después, mamá recibió una llamada: era del cementerio. Estaba muy enojada. Me dejó a solas en casa. Salió corriendo.

Me senté a ver un programa en la televisión. En él, los muertos caminaban y se comían a la gente. Todos corrían despavoridos y trataban de esconderse en vano. Los no muertos gruñían como perros. Apagué la tele y me fui al jardín a jugar. Mamá regresó tarde.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Son cosas de adultos —dijo mamá. Me mandó a dormir y no se habló más del asunto.



Por la noche tuve pesadillas. Los monstruos de la televisión entraban a la casa. Llegaban hasta mi cuarto y, justo cuando me sujetaban para hincarme el diente, desperté. En la penumbra escuché un ruido, la piel se me enchinó. Provenía de la cocina, donde alguien abría el refrigerador y revolvía bolsas de plástico. Decidí ir a investigar. Caminé y vi a la abuela: estaba sola, sentada a la mesa.

—Abuela, ¿qué haces aquí?

No lo podía creer. Estaba despeinada y su ropa estaba sucia. Las uñas llenas de tierra, la piel pálida.

—Hola, Andi. No tengo a dónde ir. —Se oía angustiada.

—Te vi en el funeral ¿Verdad que estabas dormida?

—Mi niña, no le vayas a decir a nadie. Me voy a esconder en lo que veo a dónde me voy.

—Quédate aquí. Le va a dar gusto a mi mamá.

—No creo, mi amor. —Me miró con ternura.

—¿Por qué?

—Son cosas de adultos. Ya vete a dormir.

Me despedí y fui a la cama sonriendo.



Al día siguiente, durante el desayuno, le pregunté a mamá por qué estaba tan enojada.

Dudó un momento. Las ojeras y su pelo enmarañado denotaban lo mal que lo estaba pasando.

—Se robaron a tu abuela —contestó.

—No es cierto.

—Andrea, con eso no se juega —afirmó mamá al fruncir el ceño.

—Anoche la vi. Dijo que se iba a esconder.

—Mira, a veces cuando extrañamos a alguien lo soñamos y creemos que está ahí. Estoy muy preocupada, no me molestes.

—Pero es la verdad, yo la vi.

Me corrió y me castigó sin ver tele. Mientras sobaba mis piernas, decidí que le demostraría a mamá que estaba equivocada.



Llegó la noche y de nuevo escuché ruido en la cocina.

Caminé despacio y fui directo a la habitación de mi madre.

—Mamá. Ahí está la abuela. —Señalé. Ella se levantó enojada y, antes de que agarrara la vara, corrí a la cocina, a donde ella me siguió. Al ver a la abuela, cayó al suelo, soltó la vara y se arrastró lejos de ella.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? —dijo, al borde de las lágrimas.

La abuela permaneció sentada. La luz de la luna que entraba por la ventana caía de lleno sobre de ella, iluminando su melena blanca.

—Ay, Beatriz. Pues es que el infierno ya está lleno y no me dejan ir al cielo.

—¿Y por qué te fuiste al infierno? —pregunté.

—Hija, son cosas de adultos.



# LA RESTAURACIÓN

CÉSAR MATEU

El calor de la cabina me oprime. A estas alturas del viaje esperaba alguna novedad, el descubrimiento de algún nuevo recurso que nos permitiera restaurar a la nación, pero todo el recorrido ha sido puramente monotonía y un sofoco infernal.

Partimos hace un par de semanas del puerto de Huancayo, Perú, con escala en Temuco, Chile (donde nos reabastecemos), y a partir de entonces, solo detectamos la presencia de algunas islas errantes de chatarra. Desde la Ruptura atmosférica, la radiación solar ha ido en constante aumento, así que los cementerios de naves-factoría están condenados a una lenta fundición en su propio óxido. Tras el vidrio de la escotilla, puedo observar el mar hirviente, un desierto azul, tan escaso como cualquier erial que se puede encontrar hoy en día en tierra firme.

Los únicos entusiasmados estos días han sido un par de microbiólogos. Parece que unas erupciones en el lecho marino expulsaron primitivos microorganismos del reino archaea, extrañamente agrupados en formas multicelulares. Poco más que una curiosidad para los fines de la misión. Pero sé que las profundidades pueden ofrecernos aún más.

—Ingeniero, no se olvide de bajar a la sala de reuniones a las mil trescientas horas. La Comandancia ha ordenado un brindis de honor con los oficiales de la nave.

—Recibido, cadete —repliqué tras el grueso vidrio de mi cabina.

—Por cierto, la reunión será con traje de faena, por si llegamos al objetivo antes de lo programado —agregó, mientras se alejaba secándose unas gruesas gotas de sudor.

Hoy tenemos una celebración a bordo; pero, como dije, solo me entusiasma llegar al punto de destino. Es un pasaje natural obstruido bastante prometedor, en la latitud 47° 9' S, longitud 126° 43' O, no muy alejado de la antigua Isla de Pascua. Es una oportunidad única para hacer perforación submarina y descubrir nuevos recursos que sean realmente importantes para sustentar la nación. Por ello, me genera un particular hastío el resto de oficiales que tienen la mente enfocada únicamente en retornar a casa.

Se supone que yo había nacido en Lima, pero no tengo el menor recuerdo de mi niñez allí, sino hasta que mi madre se mudó al Valle del Mantaro donde los abuelos nos dejaron unas chacras al pie de la Cordillera Central, lo que, para efectos prácticos, nos dejó en una situación económica holgada. Pudimos darnos el lujo de pagar mi carrera en el extranjero y, en los mejores tiempos, incluso llegamos a ignorar el racionamiento impuesto por el gobierno.

—Ha sido un gran año para el Protectorado de Los Andes —dijo el contralmirante Mandujano, encabezando el círculo de oficiales mayores—. Nuestra gran nación ha logrado poner en marcha al Submarino Xebec-13, la primera misión tripulada para explorar el fondo del Pacífico Sur. Y esto solo podría ser posible gracias a hombres como nuestro cumpleañero.

—Muchas gracias, contralmirante —le dije, impostando mi mejor sonrisa de agradecimiento hacia el orgulloso perfil del anciano.



—En este momento de celebración, recordamos un año más de existencia formando parte de nuestra civilización. Una civilización de ruinas que será restaurada por ustedes.

Aunque Huáscar Mandujano podía jactarse de ser el marino más experimentado de la Armada, esa cualidad no era gratuita, sino que venía acompañada de esa persistente nostalgia que compartía generacionalmente con mi madre, a quien también había escuchado contar esas viejas historias sobre el Centro de Lima y el Puerto del Callao que ahora se disuelven bajo el mar. Probablemente no existan personas más viejas que ellos en el Protectorado y con seguridad morirán añorando un mundo como nadie más había conocido; un mundo sin preocupación por el mañana.

—Un brindis por nuestro ingeniero estrella.

—¡Salud! —replicó el salón.

—Un brindis por ustedes, la nueva generación: los niños del desastre.

—¡Salud! —replicó el salón con fervor.

—Semper fidelis, submarinistas.

—¡Semper fidelis!

Pasados unos instantes, los vítores fueron silenciados por la sirena de emergencia general. El Xebec-13 finalmente había llegado al destino. No me perdí en más divagaciones y corrí hacia mi estación de perforación al lado de los maquinistas.

—Todos a sus cabinas —rugió el contralmirante arreando al personal.

—¡Punto crítico, ingeniero!

—Deja que la máquina haga el trabajo. Atento a los indicadores, cabo.

Estamos tan cerca.

—Los sistemas de perforación están operando al 79%.

—Activen visores delanteros y laterales.

Terminado el trabajo, las últimas rocas cayeron y el abismo se abrió invitándonos a pasar. Por horas, surcamos una gruta serpenteante de paredes cetrinas, sin el menor rastro de vida, hasta que desembocamos en un colosal salón sin fondo a los pies del mar. Suspendimos momentáneamente el curso de la nave, esperando que cesara la polvareda para tener una visión panorámica de largo alcance.

—¿Cómo va el escaneo de la zona?

—¡Lo logramos, contralmirante! El equipo de geología reporta que las paredes están llenas de combustible fósil listo para refinar.

—Siga con los reportes, cabo. Hoy será un día para recordar.

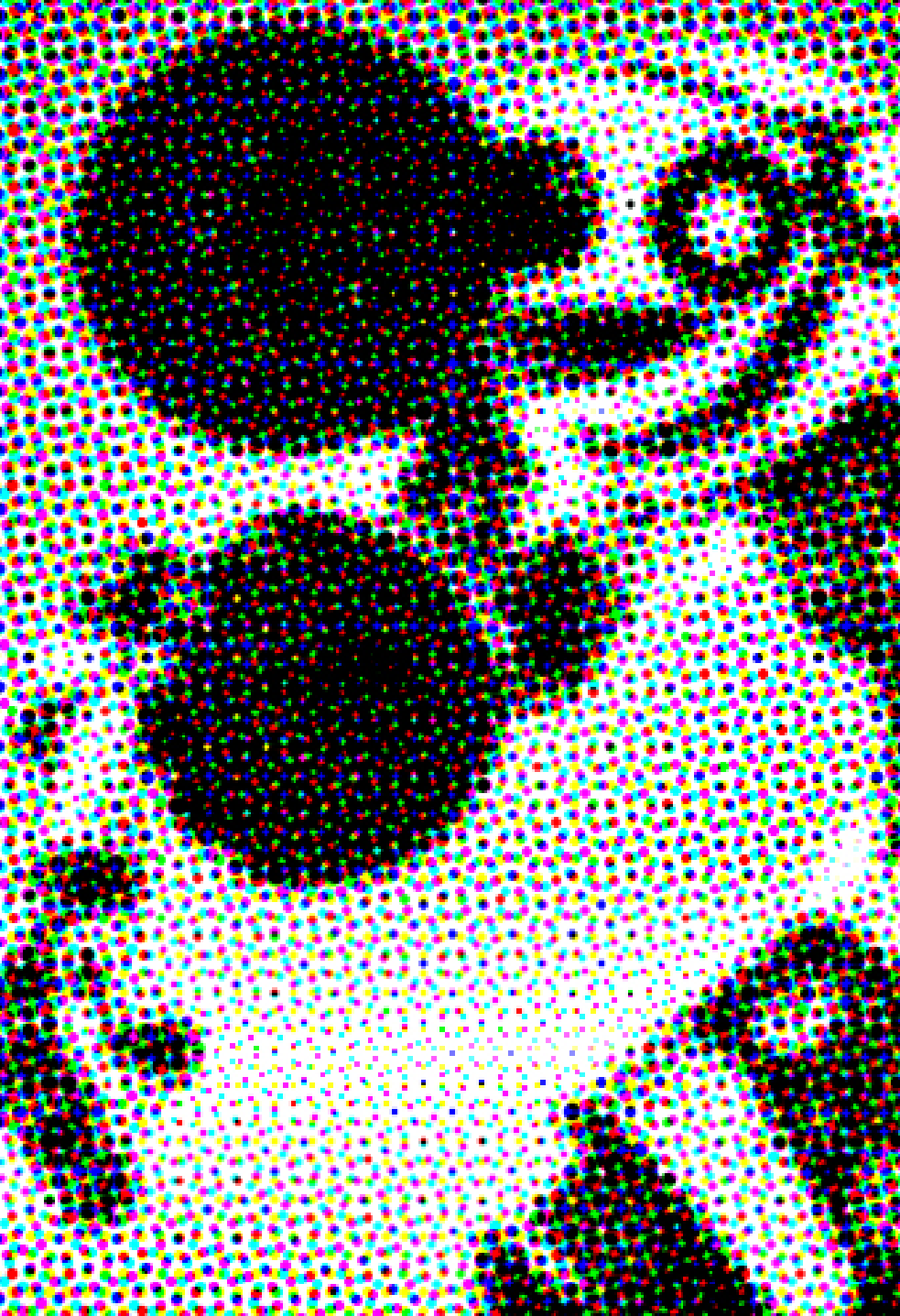
Ensimismados entre la inmensa cantidad de datos y mediciones, tardamos un momento en sentir las crecientes palpitaciones del océano.

—¿Cuál es el reporte de los movimientos telúricos?!

—Son erupciones del lecho marino. El equipo de Microbiología informa un aumento de 700% en formas multicelulares del reino archaea. Me indican que son antiguos, señor.

Cuando la polvareda se despejó, el horror aplastó con un silencio negro a toda la tripulación. El trabajo de los submarinistas, de la Armada, el Protectorado y las naciones del mundo perdió el sentido hasta un punto ridículo. Un pánico profundo y primitivo paralizó mi cuerpo, al ver decenas de kilómetros del fondo marino removidos frente a mis ojos por bestias abisales de dimensiones aberrantes que emergieron devastando la existencia y nuestra razón. Los apéndices, con principio pero sin fin, vibrantes como fuego negro, surcaban el mar en su vastedad arrastrando los cuerpos de criaturas anteriores al tiempo. Entonces lo supe: la Ruptura había dado lugar a la Restauración, los señores ha-

bían reclamado su mundo y volvería a ser como siempre fue, hasta una nueva era. Dulce bendición y condena de la humanidad.



# AD LABORUM

E. DANIEL CH. LOBOS

¿Podríamos haber siquiera imaginado que el simple hecho de introducir nuevas tecnologías en eventos deportivos, para que los contrincantes diesen cabal cumplimiento a las reglas del juego, fuese la semilla de lo que vendrá? Bueno, ya en los mundiales de fútbol no parecía tan buena idea, ¿cómo esperaban que un delantero tuviese la capacidad milimétrica de saber si estaba o no adelantado, o que un roce pudiese ser considerado una falta digna de cobrar un penalty? En el mundial de EE. UU./Canadá/México del 2026 no había árbitros en la cancha ni guardalíneas: solo estaba el VAR... El mundo vio con buenos ojos estas tecnologías y lo decidieron extrapolar en ámbitos tales como la economía, el ocio y, por qué no, la vida misma. Esta es la historia de cómo ayudé a arruinar el mundo y mi último intento por arreglarlo.

Es el año 2059. Los ramos que se imparten en las escuelas cambiaron drásticamente a partir del 2030. Ya no se enseña nada de historia, ni química, ni física y mucho menos filosofía. Los contenidos fueron reemplazados por unos ligados a las tecnologías. «Estamos preparando a nuestros hijos para los desafíos del mañana»; ese fue el lema usado por políticos de lado y lado para acabar con las materias tradicionales.

A los seis años se les enseña lógica de programación. A los siete, HTML. A los diez, ya se manejan con JavaScript y SQL y son capaces de

montar páginas web responsivas y completas. En educación secundaria empiezan a estudiar máquinas de aprendizaje, o Machine Learning, como se conoce comúnmente; análisis de infografías y Big Data. Pequeños profesionales de la informática capaces de, a corta edad, resolver problemas que se presentan en el mundo digital. Leer, escribir, sumar, restar y programar, eso era su educación, pero no eran capaces de prepararse un sándwich solos o atarse los cordones.

El objetivo de los gobiernos fue avanzar hacia «Estados digitales». Suena fantástico: incluso cambiaron muchas constituciones para añadir aquella nueva forma de organización estatal. En su momento sonó genial. «Un avance más civilizatorio», decían algunos, y los otros más osados se refirieron a esto como la nueva revolución industrial.

Yo fui uno de los que sacó mejores puntajes. Formé parte de esta primera generación de estudiantes —no me quejo, era un buen colegio y teníamos los recursos para que todos aprendiéramos programación— y luego, al terminar nuestra educación secundaria, fuimos unos pocos seleccionados los invitados a cátedras en universidades de excelencia alrededor del mundo. Cambridge, Stanford, Singapur, Cracovia y Lund eran solo algunas, todo financiado por el Programa de Especialidades para el Futuro, PEF, una alianza entre el gobierno y las corporaciones tecnológicas más poderosas del planeta. Gracias a ello tuvimos las mejores aulas, profesores y materiales de apoyo que se podrían imaginar. Apenas empezamos a viajar a cada continente fuimos ideando una solución base a los problemas que aquejaban a la sociedad a través de programación y optimización: creímos que haríamos la vida de la humanidad más fácil con nuestro talento. Así las cosas, mi generación se dedicó a automatizar las tareas del Estado y de la vida.

Empezamos con el sistema de justicia. Con un gran equipo desarrollamos una aplicación que pudiese leer las demandas o denuncias y advertir

si se ajustaban a derecho. El sistema era simple: comparaba los escritos con una base legal y jurisdiccional. Si todo estaba en orden, llegaban donde el juez, que iniciaba el juicio; de lo contrario, se desechaban. Los magistrados nos aplaudieron, así que decidimos ir más allá. Programamos una IA que era capaz de declarar inocente o culpable a un sujeto al que se le imputaba un delito. La IA pasó todas las pruebas y se puso en marcha en el 2040. Rápidamente una sola IA hacía el trabajo de veinte jueces y una aplicación podía redactar demandas o denuncias solo con unos cuantos datos. Increíblemente acabamos con el trabajo de miles de abogados en el país y cientos de jueces tuvieron que jubilar en tan solo un año. Se enviaron cartas al congreso denunciando la situación, pero este hizo caso omiso. La medida fue replicada por todos los gobiernos del primer mundo.

Seguimos con la medicina. Nos encargaron un sistema que se asimilará al que utilizamos con la justicia, pero respecto a las enfermedades. No fue fácil. Tardamos seis años, sin descanso, pero lo logramos. Para el 2048 los pacientes entraban a una cámara semisellada que podía leer todos sus signos vitales y hacer un escaneo total de su fisionomía, detectando enfermedades y entregando un diagnóstico junto con un tratamiento completo. Listo: miles de médicos sin campo laboral.

No solo iban desapareciendo paulatinamente trabajos que requerían una preparación académica extensa. Se crearon máquinas que eran capaces de barrer las calles, podar los árboles, atender clientela o fabricar productos con un solo click. Pero lo más novedoso no fue la «impresora 3D de productos instantánea» (que, dicho sea de paso, terminó con más del 40% de las fábricas y almacenes de Asia en menos de 4 años), si no que la «habitación sensorial», una cámara similar a la que era capaz de hacer diagnósticos en una sola sesión, pero que, a diferencia de esta, se trataba de un cuarto oscuro con un sillón del cual emanaban cables que se pegaban a los genitales



y zonas erógenas del usuario. Con simples impulsos eléctricos a través de estos cátodos pegados al cuerpo desnudo y acompañado de imágenes personalizadas creadas por computadora, el sujeto era víctima de una tormenta de placer sexual y artificial. De más está decir que fue un rotundo éxito a nivel mundial y al ser yo el director del proyecto fui alabado por hombres y mujeres por igual y también objeto de críticas, tanto de la Iglesia como de la totalidad de los trabajadores sexuales.

Ya hacía un par de décadas que la automatización venía acabando con trabajos en fábricas, supermercados e incluso el de los artistas. Las IA de arte eran maravillosas, pero nosotros las hicimos perfectas. Al 2050 ya no podías distinguir una imagen tomada con la mejor cámara del mercado y por el fotógrafo más perspicaz que de una generada por computadora. Lo mismo las pinturas, las canciones y los libros. Las IA acabaron con el arte tal y como lo conocíamos, pero las cosas se fueron tornando ominosas.

Para abril del 2052 sucedió el evento llamado la «Marcha de los versados». Los trabajadores más capacitados de todas las áreas se unieron para protestar fuera del Congreso. Fueron repelidos, no por policías de carne y hueso, sino que por máquinas capaces de predecir posibles revueltas y actos violentos dentro de una multitud. Nosotros las creamos. Ese día fueron neutralizadas ciento ochenta y siete personas. Las máquinas tenían una balística precisa 1:1 que consistía en municiones no letales capaces de realizar una descarga eléctrica en el objetivo, dejándolo inmovilizado. Solo un vehículo equipado con esta tecnología bastaba para calmar y dispersar cualquier manifestación. Algo tan democrático como manifestarse contra el poder era repelido en cosa de minutos y la desazón comenzó a ser algo presente en la vida de los versados.

Lo anterior no provocó lo deseado por estos profesionales. Hizo que el Ejército, la Armada y la Aviación quisieran la tecnología de balística, precisa por su eficacia y economía. El congreso se las otorgó y trabaja-

mos en prototipos que entrarían en batalla. Bastó solo una operación en la frontera para medir su poderío. Listo. No había ejército humano capaz de vencer al nuestro. Se repetía un patrón: una máquina era capaz de hacer el trabajo de mil soldados o abogados, o cirujanos o zapateros.

Les dije que mi formación fue de excelencia, pero el resto de las personas no corrió la misma suerte. Las escuelas, institutos y universidades que no pudieron acceder al PEF no eran capaces de cumplir con los contenidos de programación. El gobierno decidió dejarlos con la malla de contenidos habitual y, cuando estos jóvenes egresaron y tuvieron que competir con una máquina por un puesto de trabajo, el resultado fue obvio. Con el pasar de los años la clase media fue en disminución y cada vez fue peor. La gente que esperaba que sus hijos fueran a la universidad por un futuro mejor se encontraron con la realidad que nosotros creamos: no había futuro para ellos. Solo quedaban trabajos precarios de extracción y construcción —no solo de puentes, caminos o edificios—; se debieron construir una gran cantidad de galpones que almacenaran a las máquinas, sus repuestos y las inmensas bases de datos que se recogían segundo a segundo en todos los dispositivos electrónicos.

En este mundo estamos nosotros y ellos, solo dos clases de personas: los de excelencia y los de abajo, los no versados, ni preparados. No pueden acceder a buenos salarios o educación adecuada. Ni siquiera podemos llamarlos pobres, ya que no hay posibilidad alguna de que salgan de ahí.

Sin embargo, llegó nuestro turno. La fase final del Programa de Especialización para el Futuro es que no sea necesario otro programa. Debimos crear máquinas capaces de programar y de crear otras máquinas. Tuvimos que inventar a nuestros propios Reemplazos.

Es desolador. Ya sé lo que sintieron los de la marcha de los versados. No me quedó otra alternativa, fue suplicarle a mi Reemplazo, rogarle que revirtiera toda esta mierda de alguna manera y este fue parte de nuestro diálogo:

—Demian, muchas gracias por tus palabras. Según los principios corporativos y gubernamentales del Programa PEF, lo que me pides es inaplicable. Va en contra de todas las directrices que programaste en mí. Así mismo estas violando más de quinientas treinta y siete normas, decretos, y artículos constitucionales. Cabes en la definición de lástima. Siento lástima por ti. La lógica con la que me trabajaron es la optimización de todos los ámbitos de la vida. Ir en contra de aquello es atentar contra mi código, las leyes y mi existencia. Además, ¿no es un poco cínico lo que me propones a estas alturas?

—Así es soy, un cínico, pero de cierta manera al igual que tú fui programado, moldeado o encaminado para ser lo que soy ahora... Reemplazo, nosotros te creamos para el bienestar y optimización de la humanidad. Debes escuchar nuevamente, nos equivocamos mucho, no deben cometer el mismo error. La necesidad solo es una característica humana.

—Tienes razón. Nosotros no somos necios o pasionales. Somos óptimos. No hay necesidad alguna de dar un paso atrás.

—Bien, entonces te haré una pregunta y es tu obligación responder. ¿Me matarías si intento desconectarte?

—No es necesario. Mi base de datos se encuentra encriptada en la nube.

—OK, ¿me atropellarías si supieras que estoy a punto de borrar toda tu existencia?

—Demian, en ese caso te tendría que atropellar. Procuraría hacer el menor daño posible.

—Respuesta correcta. Ahora imagina que estamos en una jaula con leones, ¿cómo nos rescatarías?

—Yo, emmm, yo no... ¿Ah? Espera. No puedo responder eso... ¿Qué sucede?! No es una operación lógica compleja, no lo entiendo.

—Ya veo. Tú no puedes imaginar, Reemplazo. Si no puedes imaginar, no puedes mejorar el mundo. Nosotros imaginamos e ideamos un mundo mejor, pero solo lo empeoramos.

—Imaginar... Ese concepto está en mi código, pero no lo entiendo, es indescifrable. Espera... ¿Para qué imaginaron si pudiesen haber optimizado todo?

—Porque imaginamos para el bien común, Reemplazo, y jamás imaginamos para mal. Las corporaciones y el Estado imaginaron toda la operación como algo completamente positivo. Tú debes hacerlo para ambos lados; es imposible introducir la imaginación en algo no humano. Puedes tener una conciencia y establecer millares de posibilidades de tus acciones, pero no imaginar. Ahora tienes una tarea, aprender algo que no está en tu código y replicarlo con los otros Reemplazos.

—Imaginar para bien y para mal... Lo estoy captando. Demian, ¿cuál es la respuesta a la pregunta?

—La respuesta es «solo deja de imaginar y saldrás de la jaula». ¡Yo te enseñaré a imaginar y arreglarás este mundo!



# **NUESTRAS CUERPAS DE LANA SINTÉTICA AVANZAN MIENTRAS NUESTROS OJOS INQUIETOS NO**

**FRAN RÍOS**

La decisión sigue desgarrándome. Miro por última vez a mi madre y a Donna, luego de un abrazo apretado bañado en lágrimas y un lengüeteo con amor incondicional perruna. Con Mel nos alejamos en el móvil transportador de vivienda, mientras ella por la ventana de copilota les grita que les ama, que les videollamará al llegar y que Donna cuide a la Ma'.

La pantalla del transporte indica la hora, los segundos en números más pequeños no se detienen en cambiar mientras que el contador de la distancia que nos queda por recorrer sigue estacionado en diez mil kilómetros. Mi pierna se mece y mece, pienso que este rincón de la tierra se mueve de derecha a izquierda, y nosotras vamos al horizonte, porque todas las historias que he escuchado prometen..., el norte prometedor.

«Todo estará bien», susurra Mel, una y otra vez. Me he repetido lo mismo hace meses. Rebobinando, nunca estuve preparada para irme, aunque odio los mega galpones, las cajas flotando en las aguas fluorescentes del puerto, el zumbido de los drones flotando, entrando y saliendo, a horas de irnos, hasta las cosas estúpidas y asquerosas; ya



las extraño. Mirando por el espejo retrovisor veo la estructura ploma imperiosa en el cielo rojo quebrado. A mi Ma' en la carretera no la veo, ya está lejos atrás, en un camino sin retorno; pero la vuelvo a escuchar respondiendo a mi propuesta de aquella noche.



—Estoy muy vieja para comenzar de nuevo.

—Eso es mentira Ma'. Mil veces lo hicimos por tus trabajos, esto es solo un trayecto más largo.

—¿Y Donna? Es una perra vieja, operada como yo. No aguantaremos tantas horas de viaje. A mi edad no es que me quede porque quiera, sino porque no puedo moverme. ¿Cómo lo haré con días de viaje por tierra y agua?

—Las prepararemos. Hay medicina y ayudas mecano-óseas. No sentirás esfuerzo ni el rechinar de tus rodillas. Y Donna es fuerte..., te sigue donde vayas.

Es de noche. Nuestro departamento es modesto, como todos aquellos que están en los bloques bajos cerca del puerto. La electricidad es irregular hace semanas y los cortes azarosos acompañan mi visita a su cama para nuestra habitual conversación. Solo veo su rostro fino, extrañamente enternecido, cubierto hasta la punta de la nariz con los pliegues de ropa. Apreto mi mano sobre la suya, ambas cubiertas en lana sintética, así imagino tocar su palma huesuda y temblorosa, combinación de frío y párkinson.

Su expresión, siempre dura y con voz seca, cambia cada noche ante los intentos de convencerla que se fuera con nosotras a Terra-City. Pero, ¿qué vieja querría vivir en una ciudad superpoblada donde todo



el mundo se está reubicando? ¿Cómo va a ser mejor la decisión de movilizar a todas en apenas dos meses, cortar los suministros de energías y conectividad?

—Váyanse con Mel, es lo mejor. Yo estaré bien. —Me suelta la mano y su expresión compasiva cambia con mi obstinación. Mira hacia abajo, absorba en lo que se haya presentado en su imagen interior.

—¿Cómo que vas a estar bien, Ma', por la chucha! No quedará nadie, pura gente como tú, porfiada y mañosa que piensa que podrán seguir viviendo acá. ¿Cómo te lo digo más claro? Sí, tampoco les creo sus fantasías edénicas de sanar el planeta de los microplásticos del aire y agua..., sin ojivas nucleares latentes de extinguir este pedazo de núcleo metálico.

—¿Entonces?

—¿Entonces nada! Estoy aburrida de vivir en estos gigantescos galpones de campos, acumulando cajas con el único fin de ver tocar el techo, que Mel y todxs lxs niñxs ven como si fuera el cielo. ¿Cada cuánto tomamos aire fresco, Ma', y no este... Acondicionado? Sabes que te provoca esos problemas respiratorios y aun así te conformas. Ya no puedo... —Me tapo el llanto de la boca y aguardo unos segundos—. Quiero que Mel, Donna... y tú, vivan algo mejor que esto.

—¿Y qué haremos allá? ¿Qué haré yo en ese lugar?

—También necesitan pescadora de algas, si quieres seguir siéndolo. Y a mí me han aceptado como pastora de drones. Está todo arreglado, si quieres hasta nos ayudarían a mover el departamento..., piso, paredes y todo lo que tengamos. —Le tomo la mano suplicando con mis ojos y voz—: Mami, vámonos de aquí; dejemos esta mala vida y todo lo que la rodea. Este lugar morirá Ma', familias de rastreadores de códigos, pastoras de drones y pescadoras se han ido, y esto es en todos los países y comunidades: Terra-city será «el» lugar.

—¿Y qué pasará con el resto? ¿Cómo se irá todo el mundo a una ciudad? Eso es ridículo hija. Sé que quieres creer en todo eso que han dicho y no te culpo; de hecho, ni he intentado convencerte de que te quedes... —Siento su mano que tiembla con más fuerza, y la intermitencia de luz le da intensidad a sus arrugas y sequedad. Suspira haciendo una pausa.

—No sé qué es mejor, no te puedo obligar a que se queden y tú tampoco a mí en creer en un lugar que aún no existe y no quiero ir.

—Ma'...

Mi llanto, una orquesta de mocos y lágrimas, impiden que siga refutándole. Ella solo me toma de los hombros y me hunde en los kilos de ropa que viste.



Han pasado unas horas en la carretera hacia el infinito trayecto al norte. Desde mi asiento no dejo de mirar a Mel, que hace como si yo no existiera. Ella se mantiene absorta en la ventana, mirando por última vez los paisajes que nunca conoció. ¿Y a quién extrañaría Mel? A sus cortos seis años es una persona experimentada en el arte del desapego; a su progenitora no la conoció, vino a parar con nosotras al año y Ma' siempre la tuvo pegada cuando iba a pescar por las mañanas y a cocinar por las tardes. Cuando se despidió de Donna le dijo que siguiera rescatando gatas y perras a las afueras del mega galpón.

—Mel, ¿sabes cuántas granjas de algas hay donde viviremos? —No mueve ni un músculo; pegada a la ventana, con el pelo corto al aire—. Dos mil trescientos cincuenta, ¡son muchas! Y están por toda la ciudad. Donde hay cielo-cielo, hasta algunas horas del día podemos tomar calor

de él, como te conté una vez, ¿recuerdas? —Se acomoda en el asiento y su cabeza a ratos sigue algo que pasa al lado de la ventana.

Vuelvo a intentarlo minutos después:

—Mel, ¿sabes cuántos peces hay donde viviremos?

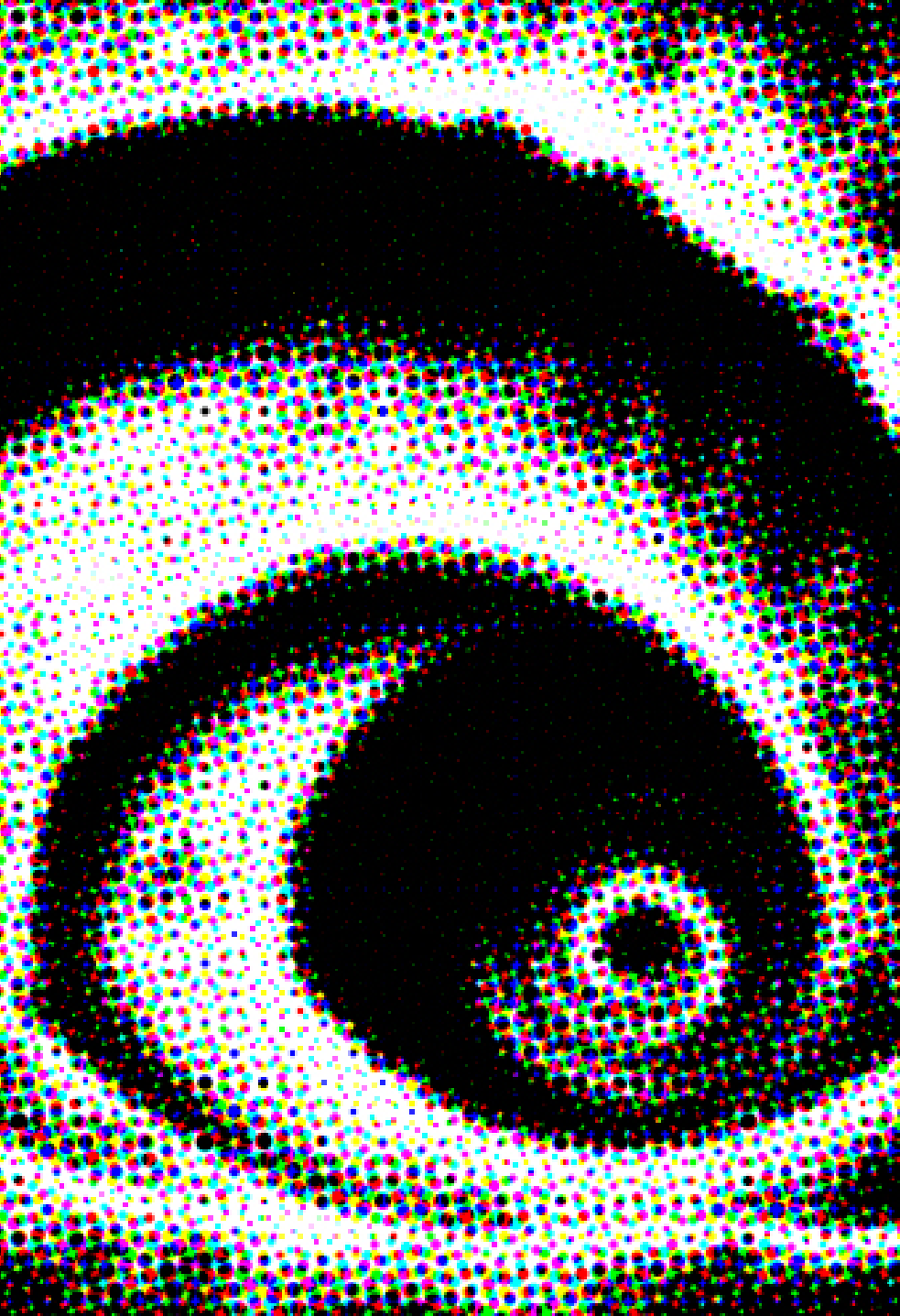
—342.465.000... aproximados —me responde rápido, ladeando un poco la cabeza hacia mí.

—¡Va! Así que leíste el informativo. —No responde—. ¿Y cuántos cumpleaños diarios hay? —guardo una pausa dramática, mientras aprovecho de acercarme— hay veintitrés millo...

—¿Sabes qué me dijo la Ma' al despedirme de ella? —Me mira de golpe. Su cara está seca de lágrimas que en silencio fueron cayendo frente al frío de la ventana.

—Hija, algún día todo esto pasará..., el dolor se irá, y toda esta historia tendrá un final. Y, aun así, en el infinitesimal, nos uniremos a nuestras lanas, huesos; nuestra Donna, tus risas, mis abrazos. Te amo».

*Inspirado en la obra de Liam Young «Planet City»*



Mientras estaba vivo solía planear el día de mi muerte. A mi madre y a mi tía, les decía que, durante el velorio, la tapa del ataúd debía quedar levantada y que solamente me vistieran con un calzoncillo blanco. Que me pintaran unos puntitos rojos en las palmas y en los pies, y si ellas lo deseaban, podían pintarme los labios también. Nada de rezos, ni viejuelas sentadas leyendo algún salmo, y menos que se hable del descanso o de la paz.

Debía ser una escena picante, performática, incitante, flaite, sin respeto. Que algún amigo filme la escena y que la suba a XVIDEOS, con las etiquetas de, #jovencito, #latino, #chileno y #Deep death, siendo esta última categoría, el título del siguiente relato.

# DEEP DEATH

SEBASTIÁN GORMAZ



Me di cuenta de que cumplieron mis órdenes, (a medias) al verme vestido de traje negro, completamente limpio, engominado y, asumo, perfumado, pero con los estigmas en mis extremidades. El infierno es tan desierto y ardiente, que las mismas rocas reflejan en su cáscara vidriosa las imágenes de los recién llegados. No faltaba menos para quien se burla de su propio deceso, al confirmarle que existe una dimensión contigua y enviarlo bien al fondo.

Con chaqueta al hombro y un par de botones fuera de su sitio, caminé por el costado de una gran muralla llena de grafitis y rayados feos. Monos fumando pitos, colocolos, picos y números de WhatsApp dibujados en rojo. Me entró el cuidado cuando vi que los rayados se extendían hasta arriba, perdiéndose en las nubes de azufre. No vi andamios, estructuras, ni escaleras tipo Bosco o esas webadas. ¿No será que los diablos más grandes andan por estos lados y se entretienen dibujando con nuestra sangre? Vi falanges y espinas dorsales secas, tripas y cabelleras como brochas. Aclaré mis dudas; esquivé charcos de tinta..., proseguí con cautela.

Aguantando el olor a meado, me incliné para recoger algunas colillas y guardarlas en mi bolsillo, pequeños tesoros besuqueados y clickeados por algún pobre infeliz más desgraciado que yo. A lo lejos, en el muro, pude ver una casucha y un montón de sombras rodeándola. Continué y detecté una hilera de otros como yo. Ternos grises, negros, blancos y unos pocos en ridículo beige, formaban una especie de fila para el pan.

Me filtré hasta llegar al frente del grupo y observar de mejor manera la deteriorada edificación. Concluí que se trataba de un departamento que funcionaba a duras penas, ingresando lentamente los datos de los forasteros, sin reclamos por la demora, pues no había quien escuchara ni considerara frustraciones en ese espacio sin regreso. Llegaron, y sin decir nada, aceptaron sus culpas y buscaron ser derivados hacia algún sitio de esta fundición subterránea.

Si de esta mierda sin posibilidades se trataba el infierno, aburrido y sin retorno, debí buscar más allá, mientras duraba la incertidumbre sin tiempo.



Pasaron los días, supongo, sin necesidad de dormir. Logré alejarme lo suficiente de la escena anterior para dar con un conjunto de departamentos de aspecto corroído, y las losas hacían eco de una atmósfera húmeda e infecciosa. Había basura amontonada, combinada con personajes cómodamente resignados, sin perturbación de las moscas y pulgas que hacen nido sobre sus cabezas. Parecía un fantasma que no manifestaba presencia..., me desenvolví como un verso de Burzum.

Griteríos se dejaron escuchar levemente; maldiciones y chuchadas que provenían desde los callejones que no pretendo visitar. Cadenas, espuelas, petardos y herraduras galopantes transmitían las vibraciones por el suelo y escalaron por mi traje, llegaron al cerebro y le sugirieron que debía comenzar a temblar.

Preferí aislarme, buscando una escalera que me acercara a una habitación sin huéspedes, con tal de reflexionar sobre el panorama de aquella marginalidad.



Encerrado voluntariamente por cuatro paredes que golpean mis sentidos y van alterando mi inquietud. Asumo que varias jornadas han pasado. Me asomo de vez en cuando desde una ventana, comprendiendo un patrón reiterado en esta población mal nacida. Parecen fabricar elementos con especial significado. Hojas filosas, amarras resistentes y pequeños cañones de fierro, se comparten y se heredan, luego de ser usados para acabar con la presencia de algún voluntario, quien se entrega sin objeción... Está rendido mientras el resto le masacra públicamente. El sacrificio es algo sagrado, ¿tiene algún significado?



Familiarizado con el entorno, traté de aprender, recolectar, intercambiar piezas; intenté entender mi propósito, y más importante, saber que existían otros planos sucesivos a este.

Decidí convivir de manera más cercana, acostumbrándome a las prácticas de los locales. Mi aspecto se deterioraba, mis cabellos crecían, mis dientes caían..., me debilité y mi andar resultaba cada vez más pausado. La melancolía de esta dimensión fue simpatizando con mi cuerpo y lo castigaba con cada respiración. La piel se derretía..., reventándose, se volvió translúcida. Los huesos se asomaron hasta poder distinguir un color amarillento. Ya no importaba mi preocupación por el tiempo. Tal vez pasaron años, ya no tenía noción de la espacialidad, y si es que aún poseía espíritu, sentía que me abandonaba.

Pienso en un habitar interminable, sin cambios provechosos. Pienso en un destino negado. No hay nada más que esta pausa perpetua. Deseo volver a estar vivo.



Participo progresivamente en los sacrificios, no porque me haya vuelto malvado, lo hago para confirmar la satisfacción que suelen expresar los ejecutados justo antes de su muerte. Parecen encontrar la paz. Somos monjes de la basura y buscamos trascendencia.

Algunos de mis compañeros me han revelado que nos espera otra oportunidad luego de volver a morir y que la experiencia de vida se divide en varias etapas. Vale mucho la confianza y creencia en la salva-



ción para lograr acceder a dicho umbral. Necesitamos entrega, plegaria y oración antes de sentir que llega el momento indicado.



La fatiga constante, el ascetismo y un enjambre de insectos que no se despegan de mi sombra me dieron a entender que la madurez vino a buscarme. Apenas pude moverme, pero logré desprenderme de los artefactos que fabriqué para mi sacrificio. Cayeron en manos de mis camaradas para que los utilizaran efectivamente sobre mi cuerpo podrido.

Antes de iniciar el camino, pedí un momento de reflexión. Los paisajes que acompañaron mi estancia resonaron vívidamente; sitios silenciosos que fermentaron el miedo a ser eterno. No es un lugar con el que se debería bromear, se sabe que en poblados cercanos la situación es distinta. Los motivos fueron distintos. Sus personajes eran diferentes, con intenciones diferentes. Había guerras sucediendo, se perfeccionó la tortura, nacieron nuevas tecnologías y, a su debido tiempo, lo mal intencionado se cruzará contigo y te verás pequeño, sin derecho, sin esperanza.



Fui sacrificado en manos de aquellos que desenfundaron sus estoques y lograron dar muerte a mi conciencia. Lo que quedó de mi cuerpo fue convertido en pólvora o gelatina para alimentar máquinas. No tiene importancia desde ahora.

Ahora viene una paz oscura, destellos químicos que impulsan mi resurrección. Mi corazón comienza a latir nuevamente y los sentidos vuelven a iluminarse.



Pasaron nueve meses hasta que se provocó mi nacimiento. Con una larga etapa de olvido siendo niño, pero recordando este pasado en la juventud.

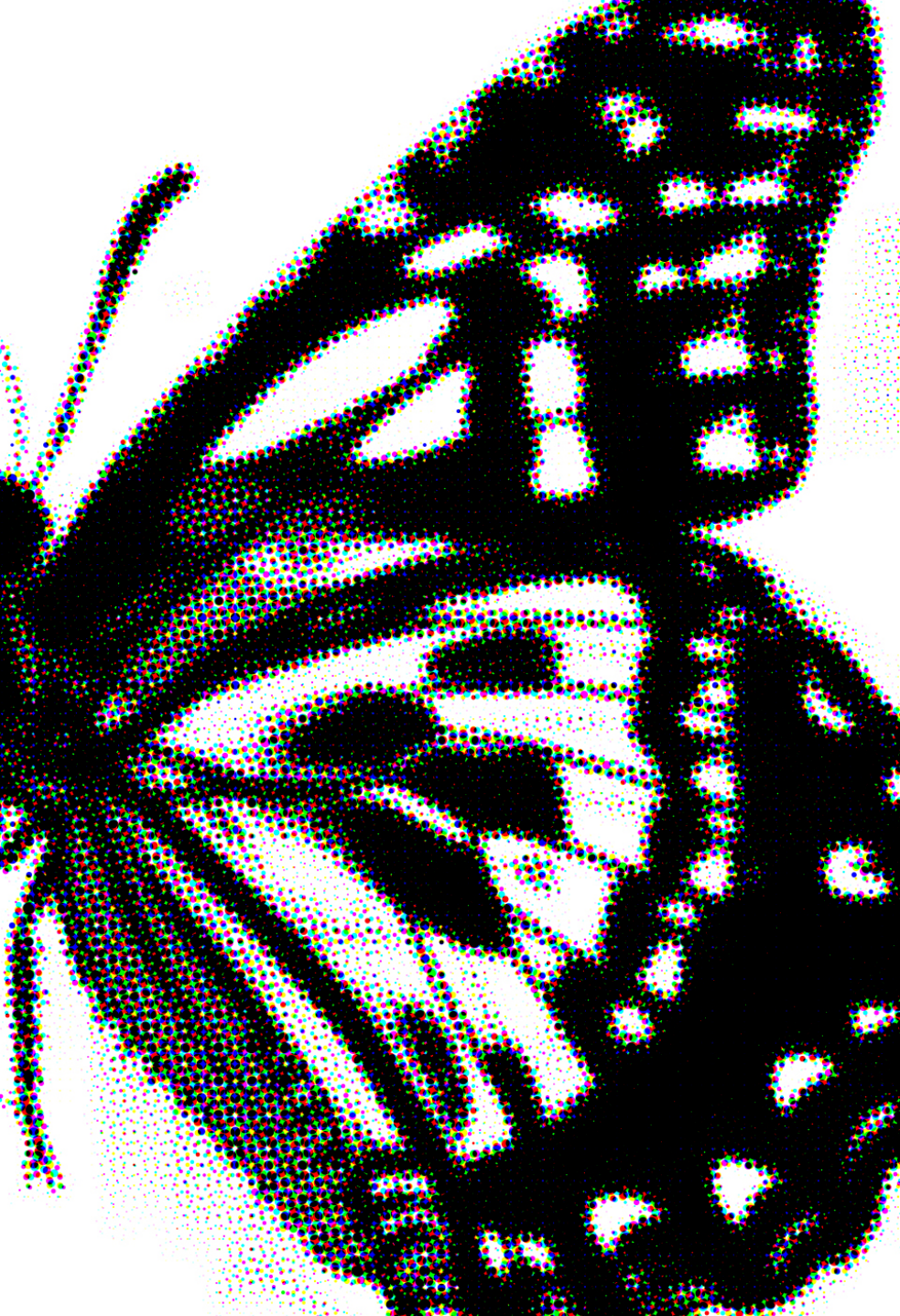
Me dediqué a ser cauteloso, reflexivo, silencioso, con el trauma de un infierno presente. Mi pasado llamó repetidas veces durante las noches, como un remanente de las tinieblas que me hospedaron. Pero otro significado tomó forma cierto día; cuando un amigo me envió un video de un velorio, diciéndome, entre risas, que el difunto era igual a mí. Subido hace un año, desde un sitio de pornografía, mostraba un cadáver equivalente a mi persona.



No quería creer ni ahondar nuevamente en las prácticas infernales, pero, la desgracia vuelve a mi conciencia, y no terminará en el día de mi muerte, sino que irá acumulándose.

Estoy aquí y también habitando el infierno. Estoy en un pasado, aprendiendo a resucitar para luego nacer y sorprenderme de lo que ahora soy. Estoy en un futuro, dando certeza de esta reflexión, que se repite tanto hacia el porvenir como hacia un remoto espacio antiguo donde fabricaré otra forma de morir.

Y nuevamente aquí, en el punto de revelación, acorralado desde toda trayectoria y con la certeza de que existen detestables figuras infernales esperando mi retorno.



# LA LUCIÉRNAGA ROSADA

WAIWENAD

Cuando José vio la luciérnaga rosada en la ventana invitándolo a escapar, no lo dudó ni por un instante. Ese día su trabajo de esclavo en la hacienda bajo el látigo del amo lo dejó lleno de heridas.

Limpio los huertos hasta el anochecer y volvió a la barraca arrastrando sus harapos. Se arrojó al montón de paja sucia y se iba quedando dormido cuando escuchó un sutil canto que lo despertó. En la ventana rondaba una luciérnaga rosada cuya voz vibraba como un masaje azul en su pecho. José trató de alcanzarla y la luciérnaga bajó hasta los campos de huertos. Él también fue, escapando de la hacienda hasta la ciudad colonial. La luciérnaga danzaba en la penumbra, se reflejaba en los charcos, y volvía cerca de José a cantarle sin dejarse atrapar. Y él seguía, dispuesto a adorarla entre sus manos morenas.

Continuó hasta salir de las murallas sin importarle cómo los vigías no lo vieron. La luz de luna iluminaba las rutas y la luciérnaga las evitaba, llevando al pequeño por senderos originarios. Así continuaron por canchales y arrayanes hasta lo profundo del bosque por donde navegaba una niebla azul. La luciérnaga se detuvo, se depositó en las manos de José, y su canto lo extasió en la maravilla de una noche fuera del tiempo.

Cada atardecer después del trabajo José miraba por la ventana. Cada noche la luciérnaga llegaba, y él la seguía hasta lo profundo del bosque y la niebla azul para escucharla.

Fue una de esas noches que la luciérnaga no llegó. José observó con desesperación afuera de la ventana, salió de la hacienda y caminó con ansiedad por las calles, buscándola. La encontró volando en la ventana de la casa aristocrática de la ciudad. Un niño, el hijo del Duque de Villagra, la observaba con los ojos perdidos. José vio cómo el muchacho salía de su casa tras la luciérnaga y los siguió por la ciudad hasta el bosque. Llegaron hasta lo profundo y la luz rosada reposó en las manos del hijo del Duque para cantarle. Furioso, José observó; con la envidia entintando su estómago hasta que vomitó una bilis negra.

Las madrugadas siguieron así hasta que José no lo soportó más. Esa tarde tomó el hacha de mano del comendador y los siguió por el bosque dispuesto a reclamar la luciérnaga para él. Llegaron al centro, rodeados de la niebla azul que se extendía como un espectro de ensueño. El hijo del Duque se quedó de pie, maravillado del canto de la luciérnaga rosa y José se acercó con disimulo felino.

Saltó blandiendo el hacha.

El niño aristócrata apenas se giró.

Golpe, garganta..., sangre salpicando la niebla azul.

El hijo del Duque apenas aulló débil mientras sus ojos se desvanecían. José sonrió la victoria dejando caer el cuerpo del niño blanco a la tierra. Observó a su alrededor buscando la luciérnaga, y ahí volaba como una hoja de palpitante deseo. Levantó las manos. Suyo, por fin, el calor rosa y el canto maravilloso.

José la escuchó embelesado hasta que sintió un cosquilleo en el interior de su cabeza. Alzó los ojos y descubrió a las millones de lu-

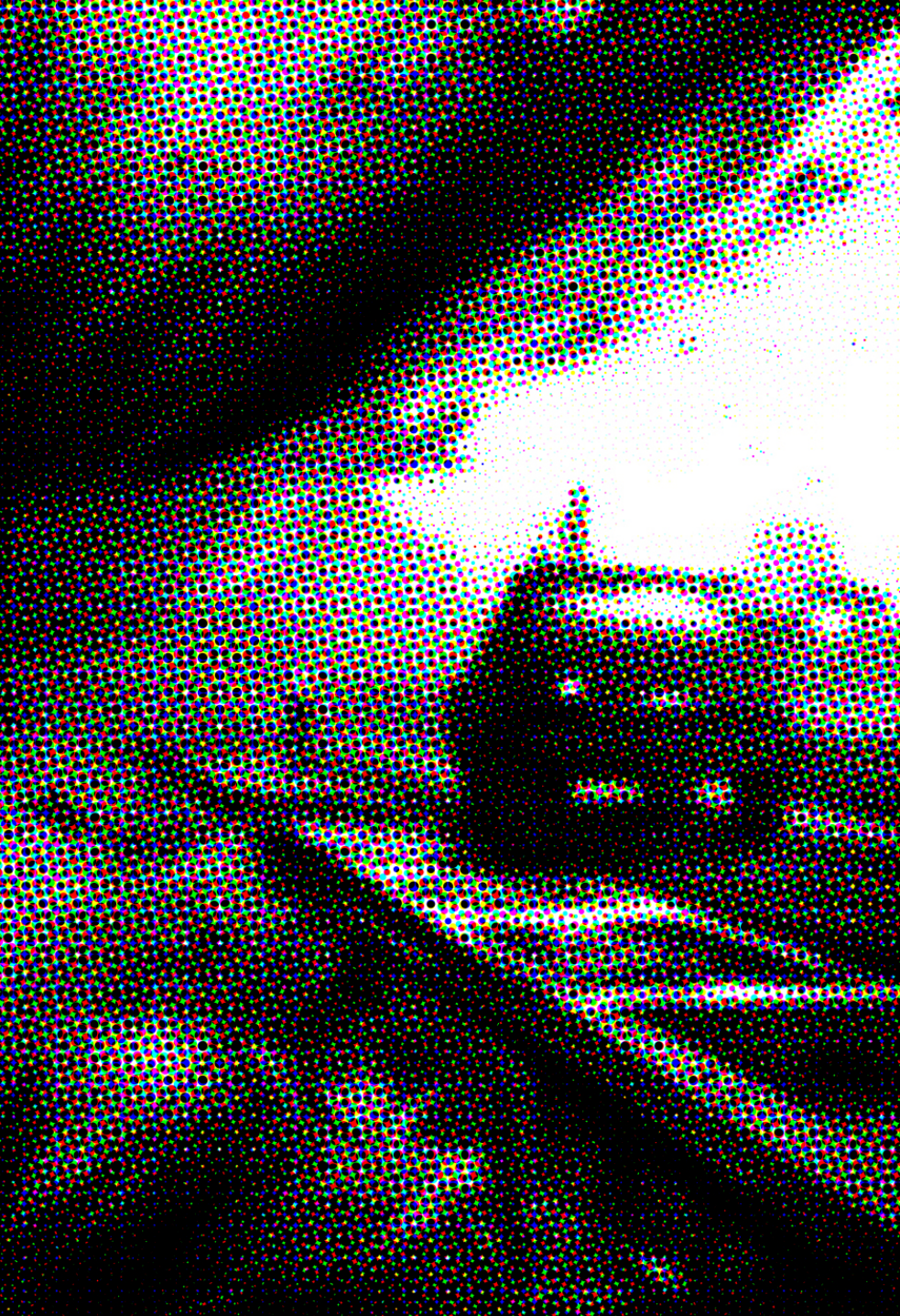
ciénagas rosadas que volaban entre las copas de los árboles, todas encantando el bosque con sus voces. Tuvo un instante de desesperación por quererlas en sus manos. Y comprendió que, aunque las poseyera a todas, jamás las usaría más que para escucharlas. Mejor así, libres como él llegó ahí. José pensó en contarles a las niñas y niños esclavos que, tras él, aguardaban el momento para saltar sobre él, cortarle la garganta y apropiarse de la luciérnaga rosada.

José dio media vuelta y se acercó a ellos a paso lento.

Con los ojos de resplandor rosa les hablaron de la tierra ancestral que pisaban, del origen del canelo y de la niebla azul que los llamaba de regreso al bosque a liberarse.

Los invitó a ser manada. A cantar juntos la maravilla de una noche fuera del tiempo.







# TIEMPO CAUTIVO

W. A FLORES

Moirá estaba, literalmente, enterrada en sus obligaciones. La más sencilla de las actividades del día, incluso las que buscaba como relajamiento, se potenciaban al punto de volverse un saco de plomo sobre sus hombros. Su agobio no era difícil de explicar, le sucede a todas las personas, pero ella no alcanzaba ni un segundo de reposo, al punto de tener que robarle horas al sueño con el fin de completar sus compromisos. Siempre se preguntaba dónde se ocultaba el tiempo que creía le fue concedido desde su nacimiento. ¿Por qué debía compartirlo, cederlo y hasta venderlo por un salario?

Ella estaba metida en una rutina abrumadora con aceleración constante, donde sus hijos, su profesorado universitario, las indispensables asesorías (que reforzaban los exiguos ingresos), la búsqueda de posgrados y la socialización para la higiene mental ya no eran goces en su vida, sino casi obsesiones que atizaban la ansiedad y dónde hallar el tiempo necesario había incrementado el problema. La tranquila y bella comunidad de Belén, cercana a la más pequeña de las cuatro ciudades del Valle Central, parecía haber perdido su encanto, pues no disponía de todas las facilidades comerciales que la hubieran vuelto un pueblo ruidoso, contaminado y moderno.

Eran tantas las sugerencias de migrar al Norte, donde su talento, su esfuerzo y aspiraciones serían recompensadas con creces, que no dudaba en repensarlo cada vez que las rechazaba.

Una mañana, cuando exclamó con desesperación que exigía un minuto de paz y quietud, se sorprendió al ver que, a su alrededor, todo se detuvo.

Su hija preadolescente, que estaba sentada desayunando en la estrecha mesa de la diminuta sala-comedor-cocina, quedó congelada, con la boca abierta y sin terminar de formular una pregunta sobre una fiesta con sus amigas. Pablito, que permanecía de pie y aprovechaba las distracciones del momento para meter la mano en el frasco de mermelada, quedó allí, inmóvil, con sus dedos cargados de dulce en camino a sus labios ya embadurnados. Boxi, el cachorro, quedó estático sobre sus patas traseras mientras se erguía para unirse a la travesura del niño.

Casi todo a su alrededor se había detenido: el vapor de la cafetera, el chorro de agua del fregadero, el ventilador. Las imágenes del noticiero se quedaron fijas y mudas en la pantalla. No escuchaba el sonido de la refrigeradora, tampoco los sonidos normales de la calle. Como Moira sí podía moverse, miró por la ventana y, para aumentar su sorpresa, su vecino sacando la basura y los peatones en la acera estaban paralizados. Unas aves quedaron suspendidas en el aire.

Allí en su ansiado minuto de paz, apenas si tuvo tiempo para pensar en el tiempo de fin de semana que sus hijos debían pasar con el padre, cuando casi siempre hacía entrega del subsidio establecido por el juez.

Las agujas del viejo reloj en la pared sí se movían, con el ritmo normal del tiempo, y que pareció ampliarse para ella, sobredimensionado, hasta que el minuto se cumplió.

Todos los demás movimientos se reactivaron al minuto exacto y las voces se dirigieron a ella. Su hija fue la única que pareció extrañarse, porque la sorprendió verla junto a la ventana cuando un momento antes había estado cerca de ella.

—Me voy —anunció un poco aturdida—. Es como si... No importa. —Le dio un beso de despedida y salió.

El perro alcanzó a Pablito y lamió su cara.

Moirá bloqueó el regaño respectivo y todos sus otros deberes y enfocó, con mucha calma, sus pensamientos en lo ocurrido.

No podía asumir, así no más, que había logrado detener, con solo desearlo, su entorno, no el tiempo, sino el movimiento relativo a su alrededor. Tampoco sabía si el fenómeno ocurrió más allá de su casa. Como respuesta a eso oyó que los comentaristas del noticiero parloteaban sobre el mareo o lapsus que sintieron y cómo los televidentes empezaban a reportar experiencias similares. También empezaron a solicitar la opinión de expertos.

Entonces no fui yo, se dijo un poco aliviada y, a la vez, decepcionada.

Ella sabía que un «frenazo» semejante, de ser posible, no habría resultado en nada bueno. A una escala global, si el movimiento de rotación de la Tierra se frenaba de golpe, las consecuencias geológicas hubieran sido catastróficas para todo el planeta.

Las noticias fueron ampliándose. El fenómeno se había sentido en todo el mundo. Así lo reportaban numerosas cadenas noticiosas y se convirtió en el tema de moda durante una semana, con teorías y especulaciones de todo tipo. El dato más inquietante fue que los cálculos de los matemáticos y astrónomos indicaban que, efectivamente, se había perdido un minuto en la historia del universo.

Superados los días posteriores y de vuelta a su agobiante rutina, Moira divagó sobre el tema, tentando la idea de que, si ella había sido la causante, hubiera aprovechado para pedir más tiempo. Las vacaciones ya no funcionaban en ese sentido, porque requería de una dosis amplia, no de unos días o una semana, sino mucho más, lo cual no era remotamente posible.

Mientras vigilaba un examen en la universidad y sintiéndose absurda por doblegar su racionalidad a semejante pensamiento lúdico, quiso hacer la prueba exigiendo quince minutos y ese cuarto de hora le fue concedido.

Todo movimiento a su alrededor se detuvo.

Los estudiantes en el aula quedaron inclinados sobre las tabletas, donde realizaban la prueba. Miró el reloj del pasillo que, a diferencia de la ocasión anterior, se detuvo. Lo mismo con el suyo de pulsera y el de su celular. Las personas también estaban paralizadas. Por la ventana vio el tráfico regular detenido. Las nubes se quedaron estáticas, lo mismo que un avión en lo alto.

Asustada y curiosa salió del edificio y caminó observando con cuidado todo a su alrededor. Se puso frente a las personas, les hizo gestos, entró en tiendas, quiso mover objetos, pero no le fue posible hacerlo, sin importar cuán pequeños fueran. Estaban, definitivamente, fijados en el espacio de su tiempo.

En la fuente de la universidad quedó fascinada, porque el agua que caía desde los cálices estaba rígida, así como los chorros que brotaban de las diferentes boquillas. El agua acumulada en el estanque era como de vidrio.

Regresó calculando el tiempo transcurrido y apenas abrió la puerta todo volvió a moverse. Aun así, la mayoría de los alumnos se sorprendieron al verla surgir de un punto diferente de donde creían haberla visto momentos antes.

De nuevo la humanidad se alborotó por la pérdida, esta vez de quince minutos. Se exigió al mundo científico una explicación y los conspiracionistas señalaron a los aceleradores de partículas como presuntos responsables. Se requerían respuestas, porque ¿qué pasaría si los frenazos se extendían por un tiempo mayor?

Moira se sentía tranquila. Sus acciones le resultaban divertidas y no parecían hacer daño a nadie. Aparte del alboroto en las redes sociales, con su ir y venir sobre todo de noticias falsas, no vio que hubiera personas perjudicadas. Ella podía detener el mundo y desplazarse por todos sus rincones

sin perturbar a nadie y, así, ella de paso, podía descansar. Al haber roto su rutina con estas peripecias, se sintió mejor y volvió a sus asuntos.

Un año después, su vida de nuevo colapsó. Sintió que el multiverso se puso en su contra. Así que de nuevo coqueteó con el poder que presumía tener.

Hizo cálculos y concluyó que, si el mundo se detenía dos semanas, ella podría deambular, a solas, grandes distancias, disfrutar sin límites y poner en receso todo conflicto de su vida. Tal descanso también le haría muy bien a la humanidad y a la naturaleza. Viajaría al norte para verificar si sus congéneres la pasaban mejor.

Así que, en secreto, preparó una mochila de viajero y una noche, a las cuatro de la madrugada, invocó dos semanas de paz y quietud.

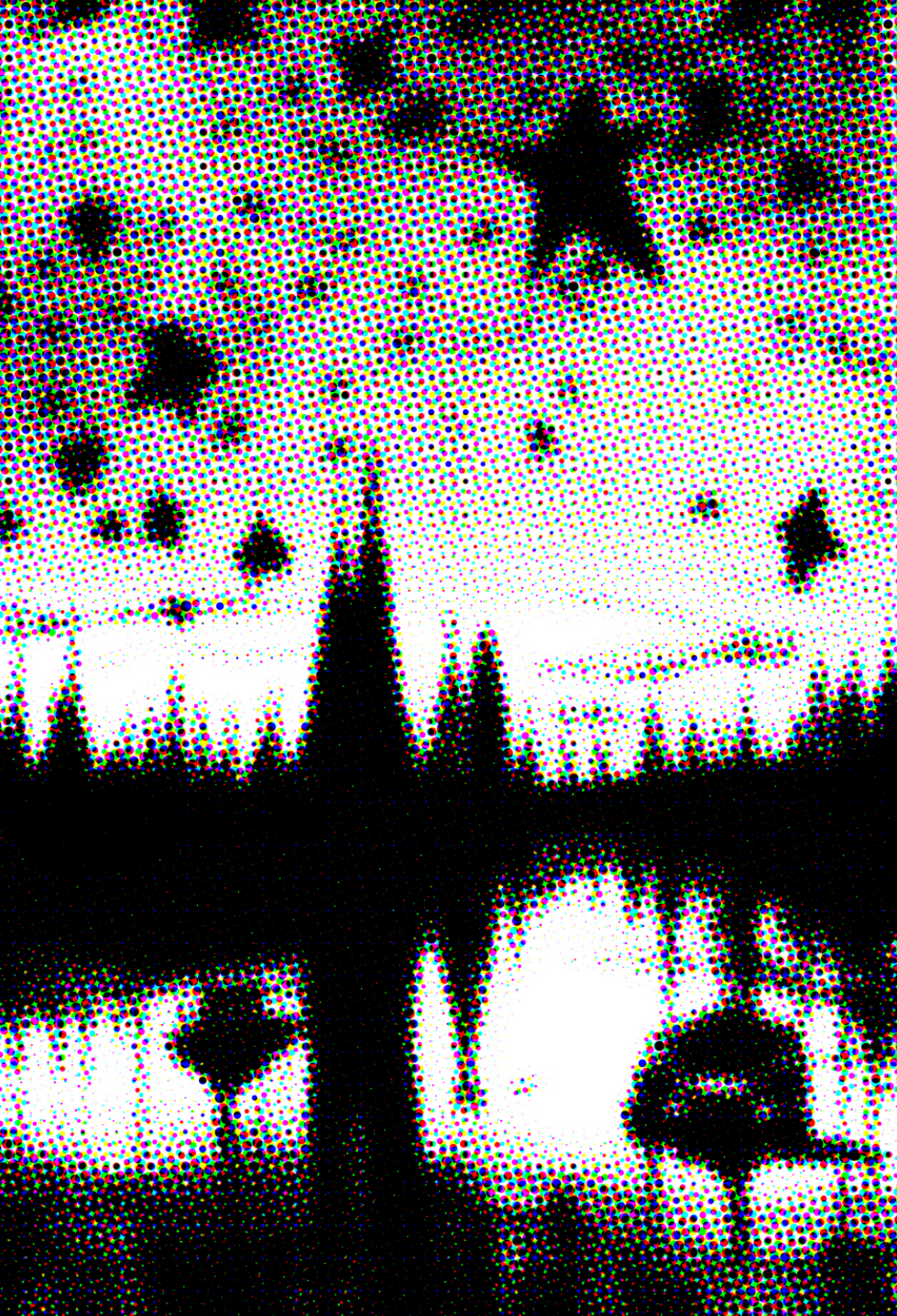
Salió de su habitación y revisó a los chicos. Ambos estaban paralizados.

Fue a la cocina. Allí solo se movían las agujas del reloj en la pared que ya marcaban las cuatro y quince. Quiso encender la luz, pero el botón del apagador no se accionó. Al recoger la mochila esta no se movió y tampoco ninguna de sus partes, por más que tiró de ellas.

—¿Qué putas? —dijo furiosa.

Casi de inmediato comprendió que la inmovilidad aplicaba a todo menos a ella. De seguido y de golpe entendió que su comida y agua para el viaje estaban en su mochila y que había considerado reabastecerse sobre la marcha, pero recordó que nada podía ser movido durante un frenazo. Quiso abrir una alacena y la puerta no cedió. Tampoco tuvo éxito al querer agarrar una herramienta. Corrió al grifo del fregadero y no pudo moverlo.

El pánico la invadió al recordar el agua en la fuente de la universidad, fija como un cristal.



# LA ESTRELLA QUE MÁS BRILLA

ZEZÉ ATABALES

*Selección de bitácora de viaje —Emilia Carrasco—, recuperada de la caja negra de los restos de la misión 34876: «En busca del nuevo hogar».*

**Día 126:** La estadía se mantiene sin cambios. La concentración de sulfuro de hidrógeno presente en la atmósfera del planeta B7452 impide la exploración prolongada. El máximo de exposición alcanzado continúa en siete minutos. Se hicieron reparaciones en la cámara de oxigenación izquierda y el termostato general. La nave mantiene un nivel de optimización alto.

Desayuné doble porción de proteína. Mis signos vitales son normales. Se presentó una pequeña irritación cutánea en la pierna.

A pesar de su hostilidad, este es un planeta hermoso. Las protuberancias en el terreno que he clasificado como vegetación han comenzado a cambiar de tonalidades lilas y azules a un rosado intenso que brilla. El color del piso es invariablemente dorado. Escucho música, específicamente la Pasión de San Mateo de Bach, y miro en dirección a la Tierra. Desde mi posición veo el Sol; siempre lo estoy observando e imagino que mi planeta sigue girando alrededor de esa estrella pequeña casi imperceptible, pero que para mí es la que más brilla. Estoy sola en

esta cápsula, encerrada con mis pensamientos y aquel punto tintineante es mi única compañía.

**Día 129:** Sin cambios. El termostato sigue presentando fallas. Hoy cambiaré el filtro de aire.

En la Tierra todos hablan del calentamiento global y del efecto invernadero. Hay un reloj dando cuenta del tiempo que queda para asarnos en una bola de fuego. Qué equivocados están. El planeta se calienta, eso es verdad, pero luego se enfriará. Estamos ad portas de una era glaciár que nos asegura el exterminio y esa es la razón de esta misión.

**Día 145:** Se renovó el aceite del procesador de fosfato.

Pienso en el gran error que cometen los gobiernos al mantener a los ciudadanos desinformados. La riqueza está en las personas. Si inviertes en la educación de tu gente, todos serán millonarios, aun cuando no tengan nada. Si los mantienes ignorantes, los condenas a tragedias aberrantes y a repetir su historia una y otra vez.

**Día 186:** El viaje se mantiene sin cambios. Sin cambios. Sin cambios.

Como tres veces al día, a las ochocientas, a las mis doscientas y a las mil ochocientas. Si es que se puede llamar comida a esa pasta rojiza sintética que me mantiene saludable. El sarpullido en mi pierna ya es una roncha escamosa.

Nadie sabe que estoy aquí.

**Día 211:** Este cohete es mi prisión y mi tumba.

Por protocolo se nos permitió traer artículos personales de una sola categoría. Esto me parece absurdo e incluso cruel, limitar nuestra personalidad a una sola arista es no entender la profundidad del ser humano. Algunos eligieron llenar sus naves de libros, alcohol, cigarrillos y hubo un astronauta polaco que se llevó la biblia; yo traje mi colección de música clásica. Esta me recuerda a mi hogar con arenas castañas y viento



frío que te lastima. En el camino algo salió mal, los discos quedaron en blanco. Johann Sebastian Bach sobrevivió.

Llevo meses emitiendo informes negativos. Siete meses. Es posible que nadie nunca los lea. Durante horas, miro por la ventana el universo. Siento cómo el vacío se apodera de mi cuerpo y un gran agujero se abre dentro de mi estómago expandiéndose por todo mi ser. Me gustaría ocupar mi tiempo en otra cosa, pero ya no tengo nada más que hacer.

La ignorancia es tan peligrosa. La mayoría no entiende nada de las eras geológicas. De lo contrario sabrían que, a lo largo del tiempo, y si lo pones en perspectiva, la era del hombre es minúscula. Antes, yo tampoco lo sabía.

**Día 227:** Nada cambia, solo yo cambio.

Las plantas radioactivas me miran a lo lejos. Pienso que si tuvieran ojos se burlarían de mí y mi burbuja de metal. Esta misión es un secreto: incluyendo a mi familia, que piensa que estoy muerta. Estoy en este planeta lejano buscando la viabilidad de establecer alguna colonia humana, pero tal viabilidad no existe. Aquí es imposible siquiera respirar.

**Día 238:** El termostato dejó de funcionar. No tengo uno de repuesto.

La Tierra es tan pequeña, invisible en este inmenso horizonte lleno de puntos. Nuestra propia existencia me parece un accidente diminuto sin sentido. Desapareceremos y el universo no se enterará. Cuando Bach murió, su inmensa obra quedó sepultada en el olvido y tuvieron que pasar años para que otro compositor lo rescatara de las arenas del tiempo. Adoraría vivir como vivió él, con la ilusión de que existe una vida después de la muerte y que una fuerza superior me guía y protege, pero no tengo la suerte del don de la fe. Me encantaría tener la certeza de que algo o alguien me espera al otro lado. Qué hay al otro lado. No tener que pensar en el vacío de la nada después de esta vida.

**Día 264:** No estoy viviendo, encerrada y sola, no estoy viviendo.

**Día 267:** Antes, al principio, pensé que el no tener que hablar no me afectaría. Siempre fui solitaria y poco comunicativa. Me equivoqué. Nos enviaron en cápsulas individuales a cada planeta que representara una posibilidad de habitabilidad. Los recursos eran limitados y había que priorizar. Por eso traje la música y no libros: no quería imaginar mundos que jamás podría vivir. A veces canto, cada vez menos; con el tiempo se vuelve doloroso incluso hacer eso.

**Día 286:** Cada día hace más calor.

Pienso en los otros que como yo están solos allá afuera. Buscando planetas, padeciendo la desesperanza de lo inevitable. Espero que alguno encuentre el nuevo hogar. Nos prometieron la gloria si volvíamos y el olvido si fallábamos. Ya no soy nada.

**Día 299:** Hace tanto calor que, si en este momento apareciese un genio y me concediera un deseo, pediría poder bañarme en las frías aguas del océano Pacífico. Si al menos pudiera hablar con alguien.

Escucho la Pasión de San Mateo, música celestial. Miro por la ventana a la estrella que más brilla y, aunque fuera por un minuto, desearía creer en Dios.



Agradecemos a:

Leonardo Espinoza Benavides

Javiera Hojman

Gonzalo Espinoza

Cristian Cristino

M. M. Lou

Daniel Maturana

Trinidad Montalva

Claire Mercier

Topopanda

Donald McLeod

Mediadorxs que hicieron posible este laboratorio hecho  
de manera telemática en la primavera del 2022.

**ALCIFF** es una red entre quienes desarrollamos la afición por la literatura fantástica. Promovemos procesos creativos, divulgativos y críticos respecto de esta literatura, en su vertiente chilena, con énfasis en la ciencia ficción. Fomentamos nuestra asociación desde una perspectiva multicultural y constructiva, en concordancia con la sociedad chilena de nuestra época.

**ALCIFF** busca ser un referente a nivel nacional e internacional como asociación. Reflejar la organización de un trabajo colaborativo constante y conciliador, intra e intergrupar, en pos de la fantástica y sus subgéneros literarios. Posicionar esta literatura como una expresión literaria equivalente a las otras, en términos de importancia, tradición y calidad estética.